



Manuel Tristante

Bajo el arcoíris

Bajo el arcoíris

Manuel Tristante

2019

Título Original: Bajo el arcoíris

Diseño e ilustración de cubierta: Manuel Tristante

Primera edición: Junio 2019

Alejandro es un muchacho alegre, amante de la lectura y poeta. Criado en un pequeño pueblo en el que la mayoría de los chicos de su edad tienen otras aficiones y lo normal es tener novia antes de los dieciocho, siempre se ha sentido que no encajaba bien por ser distinto a los demás. Su vida cambia radicalmente cuando abandona su pueblo para comenzar su primer año universitario en la ciudad.

A pesar del optimismo en su llegada, el destino no tardará en ponerle a prueba, no todo serán alegrías, y su vida se convertirá en un cúmulo de dudas, a las que solo podrá encontrar respuestas poniendo en duda todo aquello en lo que creía hasta ese momento.

Para Álex, quien llegó a mitad de esta novela.
Supongo que las casualidades y el Destino, existen.
Te quiero.

*Sé quién eres y di lo que sientes,
porque a los que les molesta no importan,
y a los que importan no les molesta.*

Dr. Seuss

*La homosexualidad en efecto no es ven-
taja alguna, pero no es nada vergonzoso,
ni vicioso,
ni degradante,
simplemente no puede clasificarse como
enfermedad.*

Sigmund Freud

*El matrimonio gay es más viejo
que el mundo.
Tuvimos a Julio César, Alejandro
el Grande.
Dicen que es moderno y es más
antiguo que todos nosotros.
Es una realidad objetiva. Existe.
No legalizarlo sería torturar a las
personas inútilmente.*

José Mujica

1

¡Qué bonitos son los atardeceres, ¿verdad?! No importa el sitio desde donde se contemplen, siempre tienen la misma belleza. Esos naranjas, rojos y amarillos, ese cielo en llamas. Esas nubes que cubren el cielo al finalizar el verano. ¡Qué idílico!

¿Cuántos suspiros habrán arrancado? ¿Cuántos «te quiero»? ¿Cuántos primeros besos? ¡Ay!, qué bonito el amor, ¿cierto? He de admitir que es mi momento ñoño del día. ¡Qué asco de amor! ¡Qué asco de todo!

Me he alejado del pueblo; me gusta la tranquilidad. A pesar de ser un pueblo pequeño, retirado de la mano de Dios donde hay más ganado que personas, las calles se están engalanando para el día de los enamorados. Bien, se podría pensar que estoy pasado de fecha, pero no. En mi pueblo, San Valentín se celebra a finales agosto; aquí somos así de especiales. Aunque, en realidad, se puede decir que se celebra dos veces. ¿Quién no se apunta a dos fiestas iguales?

A la gente le encanta presumir de lo que sus parejas les han regalado, de cuánto amor sienten el uno por el otro... ¡Bah! cuánta tontería. ¿Y el resto del año, no es igual el amor? Hay demasiada gente falsa, por eso creo que tengo pocos amigos, o mejor dicho, en realidad, pocas amigas.

No sé por qué, pero desde pequeño, solo tengo amigas. Tal vez no me llevo bien con los chicos, o no les caigo bien, o no sé. Creo que soy raro.

Ya desvarío y me voy por las ramas. Estaba hablando del segundo San Valentín y he cambiado de tema, inverosímil en mí (ironía pura y dura).

No me gusta ninguno de ambos días. ¿Por qué? Tal vez porque nunca me he enamorado, nunca he tenido una pareja. Y es extraño, para qué negarlo.

Tengo dieciocho años recién cumplidos. Soy alto, moreno y tengo ojos azules. Las chicas se pirran por mí, pero ninguna me atrae, no consigo que ninguna me llene. Mi padre me dice que soy un bicho raro, que en vez de mariposas en el estómago debo tener gusanos -él y sus sarcasmos-. Siempre me recuerda que él, a mi edad, ya había estado con más de veinte. Aunque, claro está, dime de qué presumes y te diré de qué careces.

A mí no me importa no haber tenido novia; y no será por pretendientas... aunque suene un poco alter ego, pero es así.

Yo no me veo guapo. Todo el mundo me dice que lo soy, bastante, un sex symbol. Pues qué queréis que os diga: llevan las gafas sucias. Muchas chicas del pueblo, y en el instituto, van detrás de mí, cierto. Algunas son muy guapas, y de buen cuerpo, otras no tanto, pero no soy una persona superficial. Aun así, sin dejarme llevar por eso, ninguna me atrae.

Probé una vez con una y aquel beso no me supo a nada, incluso llegó a agobiarme. No dejó de acosarme por mails, Messenger (aquella desaparecida aplicación con la que podías enviar zumbidos, sustituido ahora por el famoso WhatsApp)... Incluso creo recordar que me llamó unas cincuenta veces cuando salí corriendo después de besarme. Era un crío. Con catorce años, ¿qué se puede esperar?

Tal vez muchos no lo verán así. Muchos dirán, si no todos, que a esa edad se tiene un listón alto. A veces me arrepiento, porque podría haber vivido mi primer romance. Una bonita historia de amor... porque, lo afirmo, tengo ganas de enamorarme, de pasear al lado de esa persona que

sea especial para mí. Darnos besitos, arrumacos... pero no, yo siempre tengo que ser la excepción.

¿Vendrá algún día ese dichoso Cupido a visitarme? A veces pienso que, siendo yo pequeño, lo asusté, porque no encuentro otra explicación lógica.

Ains. Me dan envidia todas esas parejas.

Esas novias comprando regalos que entregar a sus novios. Esos novios que no saben qué comprar y lo dejan todo para última hora...

No puedo venir a ver los atardeceres, me ponen sentimental; me da por pensar y pensar... y siempre termino pensando lo mismo.

El amor está siempre en el aire y, aunque queramos, no podemos evitarlo. Pensamos en él, queremos que llegue. No queremos sufrir por él, pero queremos que llegue. Y, sí o sí, a todos nos toca sufrir por amor alguna vez. ¡¿Y cuándo será mi turno?! Cuando vaya a los viajes del IMSERSO, seguro. Todos los abuelitos juntos y al subir al autobús, ahí estará, esa abuelita que hará que mi piel se rejuvenezca, que mi corazón palpite como nunca, que los atardeceres vuelvan a ser mágicos y compartamos el resto de nuestros días juntos. Y si fuera así..., pero creo que estoy destinado a estar solo. Eso, o necesito irme del pueblo si quiero encontrar a alguien. Es lo que me dice Mariam, mi mejor amiga, que tengo que huir de aquí, y con urgencia. Que aquí nadie me va a llenar como debería. Que el pueblo nunca ha sido ni será para mí, mucho menos para el amor.

Eso es cierto, el pueblo se me queda pequeño. Es como la jaula de un pájaro: estás atrapado y no ves escapatoria. Por suerte, me queda una semana para marcharme a la ciudad para comenzar la universidad. Me alegra mucho pensar en el cambio, aunque por otro me da miedo, como es normal. Grandes edificios, personas de todos los lugares, nuevos aires, adaptarme, dejar atrás a mi familia con la que he estado toda mi infancia y adolescencia... No obs-

tante, hay que volar del nido, y es por mi bien, en todos los sentidos.

¡Qué ganas tengo ya de comenzar! ¡Filología Hispánica, allá voy! Es mi mayor pasión desde pequeño. El mundo de las letras es el mío. Soy el típico bohemio, romántico sin conocer el amor, que escribe poemas pensando en cómo será. ¡Qué horrible es todo!

Me tiembla de repente el bolsillo derecho del pantalón como si fuera a echar a volar y me saca de mis pensamientos. El móvil. Lo ojeo: es mi madre. Tengo veinte wasaps que ni he sentido. Vale, me va a caer encima la de Dios. Acepto la llamada, conociendo de antemano lo que me va a decir:

—Alejandro, ¿cuándo piensas volver? Se está haciendo de noche y hace una hora y media que te envié a comprar una docena de huevos para la cena —estalla mi madre mientras la visualizo en mi cabeza con la sartén en una mano preparada para asestar el golpe—. Una de dos, o se han llevado el supermercado al otro pueblo o estás esperando a que la gallina haga su puesta. Te quiero aquí en diez minutos. ¡Pero ya!

Bien, no lo he dicho: soy Álex (Alejandro para mi madre, Alexito para mi abuela), y tengo dieciocho años. Vivo en un pueblo alejado de la mano de Dios que apenas se ve en el mapa y en una semana me voy a estudiar a la capital y... nunca me he enamorado. ¡Qué resumida se puede hacer mi vida! Y puedo añadir que no he comprado los huevos para mi madre y en quince minutos cierran el supermercado. Y teniendo en cuenta que tengo que volver en diez minutos a casa... ¡Pies para que os quiero!

Ese soy yo, un despistado para lo que quiero, a quien le encanta retirarse al monte a ver los atardeceres, alejarse de todos y todo y pensar, relajarse, sacar su libreta y tomar notas para sus próximos poemas; y se me ocurre uno ahora mismo:

*En diez minutos te quiero aquí,
o te vas a acordar de mí.
Esta noche tenemos tortilla para cenar,
y si no hay huevos sin nada en la barriga te vas a acos-
tar.
Me viene como anillo al dedo.*

Echo el último vistazo a la luz del sol que ya se esconde y salgo corriendo ladera abajo dejando tras de mí una enorme estela de polvo, con mi mala suerte unida a una torpeza descomunal que tropiezo y llego en un minuto abajo, rodando como un bollito de pan. ¡Mierda! Pantalones rotos. Mi madre es muy buena, a simple vista, y si la pillas de buen humor es la mejor madre del mundo, pero con estas cosas... Ahí es donde su parte buena se marcha y puede parecer un ogrito (digo ogrito porque es muy pequeñita). Pero, a fin de cuentas, es una madre. ¿Qué sería de nosotros sin sus rabetas?

Media hora más tarde llego a casa. Pantalones rotos, huevos en mano (suena mal, lo sé, pero es verdad, mi docena de huevos en la mano) y me encuentro a mi madre, nada más abrir la puerta de casa, apostada en el pasillo con su camisón blanco, cruzada de brazos con la sartén y su ceño demasiado fruncido. Así, sobrecoge: parece un Anima Bendita.

—¿Dónde no has comprendido la parte de «te quiero en diez minutos en casa», Alejandro?

Me quedo mirándola sin saber qué decir. ¿Le digo la verdad, que me he quedado contemplando musarañas por el camino? Mi voccecita interior me dice que permanezca callado, que es lo mejor. Me limito a encogerme de hombros.

—Esa es la mejor respuesta que me podías dar, hijo. ¡A quién habrás salido!

—Teniendo en cuenta que papá y tú sois mi fábrica... — se me escapa sin querer. Mi madre me mira con ojos de demonio y se echa a reír con ironía.

—No, hijo, tú no has salido a nosotros. A ti te cambiaron en el hospital, seguro. No has sacado ni mis ojos ni los de tu padre.

—Eso es porque el Dios de la Belleza hizo un buen trabajo conmigo, ¿a que sí? —Mi madre me arrebató los huevos sacudiendo la cabeza como si no tuviera remedio. Se da la vuelta para marcharse.

—Y no creas que no me he dado cuenta de que te has roto los pantalones. —Las madres tienen ojos en todas partes. ¿Cómo se ha dado cuenta?—. Alejandro, que tienes dieciocho años... Eres muy maduro para unas cosas, pero no para otras. ¿Así crees que vas a encontrar novia?

Dedo en la llaga. Eso es lo que me gusta de mi madre, que siempre tiene que poner esa frase en todas nuestras conversaciones.

—¿Alguna vez te has preguntado si en realidad quiero tener novia? ¿Has pensado que tal vez soy feliz así, solo, sin ataduras, sin nada? —Mentira cochina.

—El amor no es una atadura: es dejarse llevar y el mañana para olvidar. Y si sale bien, verás mariposas toda tu vida.

—Y tú las sigues cazando con papá en la habitación, ¿no? —Me echo a reír disponiéndome a subir las escaleras dirección a mi habitación antes de que esos huevos que mi madre sostiene puedan caer sobre mi cabeza junto a la sartén.

—Lo que yo cace con tu padre es cosa mía, ¿queda claro? Cámbiate de pantalones, arregla tu leonera y sigue con la maleta mientras preparo la cena. ¡Y no tardes, que tenemos que cenar todos juntos, que queda una semana para que te marches! ¡Si al final te echaremos de menos!

—Sabes que sí.

Punto número uno: mi habitación no es una leonera; son obstáculos para que el fantasma tropiece por la noche si trata de asustarme. No soy desordenado, que quede claro, pero estos días con hacer la maleta, el no saber qué llevarme, empaquetar toda mi vida en unos cuantos centímetros, meter mis libros preferidos en cajas... Es toda una odisea, sí. Y no sé si estoy preparado para este nuevo paso. Es dejar todo atrás...

Ains. ¡Qué mal todo! Tengo que ponerme y ordenar todo este desorden, y lo más importante, terminar la maleta. Al final, como siempre, acabaré haciéndolo a última hora. Más probabilidades hay de eso a que me toque la lotería, y teniendo en cuenta que no juego...

Punto número dos: a mi madre le ha dado por ahí, con que estos últimos días cenemos todos juntos: los abuelos (por parte de mi madre ya que viven con nosotros), mi padre y yo. Somos cinco en casa y se nos queda pequeña en ocasiones. Y a ver quién es el guapo que le dice a tu madre que es un capricho la idea de cenar todos juntos porque voy a volver en nada. Pero ella cree que cuando salga por la puerta el próximo domingo va a tardar meses en verme el pelo. Por suerte para ella, está el teléfono que echará humo con sus llamadas cuando no responda a sus wasaps. ¡Ay, Dios, asísteme! Aunque lo diga así, supongo que en el fondo a todos nos gusta que las madres sean así.

Me cambio los pantalones y bajo a ayudar a hacer la cena y a prepararme psicológicamente para una velada en la que mi madre volverá a repetirme veinte mil veces todo lo que tengo que llevarme y hacer en cuanto llegue a mi piso de estudiante.

«¡Álex, tómalo con calma!»

2

Ha pasado una semana. Es domingo y en unas horas me marchó a la capital. No sé si llorar, reír, tomarme un calmante, quedarme metido en la cama o saltar por la ventana. Tengo los nervios a flor de piel. Si hace unos días tenía ganas de irme, ahora ya no.

Meses atrás estuve allí solo para buscar piso y entregar todo el papeleo típico de comienzo de carrera (que mucho internet, pero siempre falta algo y tienes que presentarte en persona haciendo una cola de tres horas para que, cuando sea tu turno, te digan: «Vuelva mañana, es hora de cerrar», y tus ganas de asesinar a alguien aumentan considerablemente).

A mis nervios no le sientan nada bien el estado hipocóndrico de mi madre. Creo que ella está peor que yo; lleva desde las ocho de la mañana preparando tupperes y botes en conserva para que me los lleve. No digas nunca a tu madre que sabes y puedes cocinar, porque aunque ella te vea hacerlo pensará que nunca sabrás. Madres. Me veo con mi maletón que casi es más grande que yo repleto de enseres y otra maleta solo de comida. Luego está la parte de (aunque aún no ha entrado el otoño) tienes que llevar más chaquetones que ropa, porque puedes pasar un día sin comer, pero no pases frío.

El mayor miedo de una madre es que cojas un resfriado y ella no pueda estar ahí para cuidarte; aunque siempre estará su remedio: una cebolla bien grande partida en dos al lado de la cama. Eso sí, después te pasas media noche llo-